

acabada, tan abundante en medicinas y muchedumbre de vasos que no creo tiene semejante oficina toda España (El padre Talavera, en 1597). Allí se experimentaba con plantas cultivadas en un huerto, próximo a la botica, especialmente con las que venían de América. A Guadalupe llegaban con frecuencia, a postrarse ante la Virgen Morena para dar gracias por las mercedes recibidas, los que regresaban del Nuevo Mundo. Éstos solían dejar presentes y, entre ellos, plantas y semillas que allí se aclimataron y de las que pronto se investigaron las propiedades. Los médicos del Monasterio buscaban nuevos remedios basándose en la observación y la experimentación más avanzada y meticulosa.

Hernández se instaló con su familia en una casa de la Puebla de Guadalupe, con un pequeño huerto. El ama, que les había acompañado desde Sevilla, se ocupaba de los niños y del cuidado de la casa. El pequeño Juan y su hermana María asistían cada día a recibir enseñanza en la propia sacristía de Santa María, donde un joven hermano lego se esforzaba en enseñar a leer, escribir y hacer cuentas, a un revoltoso e inquieto grupo de niños.

El trabajo de Hernández era agotador y ocupaba casi toda la jornada. Con él trabajaba un médico segundo, el doctor Micó, un médico “en prácticas”, un boticario, un sangrador, enfermeros y estudiantes. El trabajo comenzaba al alba en la enfermería del monasterio, donde atendían a los frailes enfermos. Luego acudían a la enfermería de nobles, adscrita a la Hospedería de Nobles, donde atendían a los aristócratas que allí se encontraban. Entre estos existía la costumbre de recogerse unos días en Guadalupe para orar ante la Virgen, antes de tomar cualquier decisión trascendente o de intervenir en alguna arriesgada empresa. Con frecuencia su salud requería también atención.

Examinados estos enfermos, los médicos iban a los hospitales. Hernández examinaba personalmente cada caso con detenimiento y comentaba algunos aspectos de interés con los estudiantes y con el doctor Micó; después prescribía el tratamiento adecuado. Finalmente realizaban las visitas domiciliarias en el pueblo a enfermos que se alojaban en casas particulares.

Terminaba el intenso programa con la lectura de la lección en la cátedra, lo que ocurría en la hora anterior al toque de oración. Este entrenamiento en la dureza de un trabajo constante, sin un día de descanso, habría de serle muy útil durante su expedición americana.

Es de destacar la importancia que tuvo para él poder hacer disecciones de cadáveres (Guadalupe fue uno de los primeros centros europeos a los que el Papa autorizó esta práctica con fines de investigación). Hernández reconoce, en escritos posteriores, haber adquirido su formación anatómica gracias al ejercicio que en cortar por mano ajena hombre tuvo en Guadalupe y que a dicha práctica nos dimos mayor cuidado y voluntad por entender quanta necesidad tuviere della el consumado y verdadero médico y el bien instruido cirujano. Algunas disecciones se realizaban sobre animales con fines de investigación zoológica y de anatomía comparada; tal es el caso de la disección de un camaleón, comentada por el propio Hernández, años después: Acuerdome haber visto uno en Guadalupe, siendo médico de aquel mo-



naterio y hospital, en poder de un fraile, cual Plinio lo pinta, y después de muerto le anatomizamos yo y algunos médicos que andaban allí asistiendo a la practica de la medicina chirugia y disencion y entre otras cosas miramos, no sin grande maravilla, una sarta de huevos que tenía, tan larga que estoy maravillado como pudo caber en animal tan pequeño (*Libro II, capítulo XXXIII del Plinio*).

Hernández, desde niño, había aprendido a penetrar en el fondo de los problemas científicos. Comprendía que a los clásicos no se les debía imitar servilmente. Sabía que el espíritu de investigación, de pesquisa, permitía plantear numerosas preguntas sobre las realidades botánicas, zoológicas o farmacológicas y, sobre todo, estaba

dispuesto a arrancar a la naturaleza sus secretos más ocultos. Los escritos de Hernández sobre Plinio están llenos de anotaciones como ésta: porque no cuento aquí los osseuelos de los oydos, el yugal y otros aditamentos que yo, no sin gran deleite, en las anatomías e disecciones que hice estando en Guadalupe y con los que a ellas asistían, consyderava. (*Libro XI, capítulo XXXVII*).

Para justificar esa especie de cruzada a favor de la ruptura con los clásicos, que inició en Guadalupe, le sirvió de fundamento, estímulo y gran ayuda, la obra del gran anatomista italiano Andreas Vesalio, que comenzaba a difundirse en la Península. Con este apoyo abandonó definitivamente a Galeno, si bien, en escritos posteriores, cuando critica las verdades dogmáticas del maestro, le disculpa de sus errores, por las limitaciones y falta de medios que tuvo para el estudio. Por ejemplo cuando describe un útero, Hernández puntualiza: ...según lo vi en Guadalupe a una preñada que anatomizamos, es de un redondo prolongado, harto diferente de los de las